

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 67.—BARCELONA 6 DE SEPTIEMBRE DE 1915



Salvamento de la tripulación de un submarino alemán con ayuda del «Salvador» Dräger. (Véase pág. 260)

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Inglaterra y sus dominios.—II. Serbia.—III. La declaración de guerra de Italia a Turquía.—IV. El problema griego

I.—Inglaterra y sus dominios

La campaña emprendida por la prensa inglesa en agosto de 1914 se enderezó desde el primer momento a un triple objetivo, apuntando a sus aliados, a sus colonias y a los países neutrales. El primero tuvo pleno éxito, como es sabido; el último estuvo a punto de ser alcanzado, gracias a las invocaciones al derecho y a la libertad y a la propaganda hábil, tenaz y sostenida contra Alemania; y de los resultados del segundo se enorgullecieron y vanagloriaron los ciudadanos de la metrópoli—tal vez prematuramente—, cuando los dominios y colonias enviaron sus contingentes voluntarios a la guerra. Pero estas campañas tienen siempre algo de artificioso y endeble, porque, a la larga, hasta el más obcecado no puede menos de comparar lo que se dice con lo que se hace, lo que se anuncia y promete con la realidad. Se necesitaba que los acontecimientos militares estuvieran en armonía con los discursos y los alegatos, y por desgracia para los aliados su literatura va por un lado y la acción de sus armas por el opuesto.

Inflamó el patriotismo a los canadienses y australianos en los primeros meses de la guerra, al oír las demandas de auxilio de la metrópoli, pero influyó no poco también en el alistamiento de voluntarios y en el lujo con que se les equipó, cierta vanidad, muy explicable y humana, engendrada por la idea de que su concurso era necesario en Europa y que iban a medirse con los temidos y renombrados alemanes. Desembarcaron los canadienses en Francia y los australianos en Gallípoli sin tener idea exacta de lo que les esperaba. Y los primeros fueron deshechos a los pocos días y los segundos quedaron reducidos a la mitad a las tres semanas. Los periódicos ingleses insertaban diariamente columnas y columnas de elogios entusiastas en honor de aquellos voluntarios, cuyas hazañas y pericia no reconocían igual, y estos ditirambos colmaban de satisfacción a los dominios. Todo hubiera marchado a pedir de boca, si los mismos voluntarios con las cartas que escribían no hubieran arrojado agua fría sobre el infundado entusiasmo. Los canadienses no creían que el enemigo fuera tan fuerte; no conocían la verdad, y su desencanto fué grande; aquellos alemanes no eran lo que se les había dicho, ni la campaña una brillante sucesión de triunfos, ni la audacia individual servía para nada. Los australianos recibieron un desengaño todavía mayor.

El resultado fué que cesaron los preparativos que en el Canadá se hacían para organizar refuerzos, y que se apagó el entusiasmo por la guerra; al fin y al cabo ¿qué les importaba de Alemania a aquellos americanos? La habilidad del alto gobernador tuvo entonces ancho campo donde desarrollarse, y consiguió que apenas trascendiera al exterior el estado de ánimo del Dominio y que en la apariencia la adhesión a Inglaterra continuara siendo tan sólida espiritualmente como antes.

No ha acontecido lo mismo en la Australia. El descontento provocado por las batallas de Gallípoli

ha sido profundo; a los australianos se les dió a roer el hueso, se les puso en el trance más difícil y ni siquiera se les ofreció ocasión para que sus actos de bravura individual fueran conocidos. Al mismo tiempo, vieron con sus propios ojos que los ingleses, que tan necesaria consideraban la ayuda de las colonias, no se apresuraban a alistarse en el ejército. ¿Habían de ser los australianos quienes se sacrificaran por la metrópoli, cuando ésta apenas hacía nada por sí misma? El resultado ha sido que el Gobierno conservador, acusado de haber rospuesto los intereses genuinamente australianos a una política exterior que sólo indirectamente importaba al país, ha sido derrotado, y ha subido al poder un gabinete liberal, del partido del trabajo, cuyo lema es trabajar para Australia y desentenderse de lo que acontece en Europa. ¡Bien se ha conocido que aquel país goza de una autonomía rayana con la independencia!

El golpe ha sido uno de los más rudos y sensibles sufridos por Inglaterra. Los periódicos de Londres se duelen y lamentan; y, apelando al vocabulario más dulce y persuasivo, tratan de que los australianos desistan de esta actitud y cese su indiferencia; no obstante, no se forjan ilusiones, y comprenden que las colonias, al fin y al cabo hijas de la metrópoli, son más despiertas y avisadas que muchas naciones europeas, comenzando por Italia y acabando por Portugal.

El peligro no está en que cese la ayuda de las colonias, sino en la descomposición que revela. Si cuando todavía Inglaterra no ha sido vencida y conserva la plenitud de su fuerza, los dominios se distancian ¿qué sucederá si la paz es desfavorable? ¿Será cierto que esta guerra es el principio del fin del poderío británico, y que la señora del mundo va a terminar pronto su reinado universal? Es prematuro contestar, pero la gravedad del síntoma no puede desconocerse, y habrá de tenerse en cuenta como antecedente preciso el día de mañana.

II.—Serbia

Por una mayoría de un tercio ha triunfado en la cámara serbia la política del presidente Patchisht, favorable a la continuación de la guerra. La unanimidad absoluta de hace un año se ha roto, y la tercera parte del parlamento no ha vacilado en exteriorizar su opinión favorable a la paz. Si las cosas no se apartan de la marcha que hasta ahora llevan, dentro de algunos meses, muy pocos, Serbia en masa deseará la paz y hará cualquier sacrificio por llegar a ella. La lección debiera ser aprovechada por aquellos otros Estados balcánicos que, ilusos, se prometen todas las bienandanzas de una nueva guerra. Serbia posee ya experiencia y comienza a reflexionar como nación que ha llegado a su mayor edad. No con los años; con las amarguras, los desengaños y las tristezas, se adquiere la experiencia.

Algo, poco, han contribuido en el cambio del modo de pensar de los serbios, las tremendas pérdi-

das ocasionadas por el plomo enemigo y los estragos de la epidemia que asoló al país en los últimos meses; y también ha pesado el convencimiento de que la superioridad alemana es indiscutible. Con todo, la verdadera razón es otra.

Serbia se ha visto despreciada por los aliados, los cuales, con tal de arrastrar a Grecia, Bulgaria y Rumanía, no han vacilado en querer despojar a Serbia de la parte de Macedonia que conquistó y de arrebatarse la mayor porción de Albania. Serbia ha tenido ya que humillarse dos veces ante Italia, en quien ve un futuro rival más temible, por más voraz e impaciente, que Austria. Serbia ha sido despreciada por Rusia, por quien hizo más que Bélgica por Francia e Inglaterra. Con honda amargura va comprendiendo que el principio fundamental de la política de los aliados, se resume en estos términos: tanto puedes, tanto vales y mereces. Por eso, hasta diciembre pasado el tema de Serbia figuraba en lugar preferente en las propagandas de los aliados; ¿por qué seguirse preocupando de aquel pequeño reino una vez que ha quedado casi fuera de combate? Más urgente es buscar fuerzas nuevas, y dejar que las otras se las compongan como puedan. No otra ha sido eternamente la suerte de los países débiles a quienes el azar ha puesto incidentalmente en el caso de prestar servicios a los poderosos, y que, ensoberbecidos o ciegos, han querido hombrearse con estos últimos. Hoy Bélgica, mañana Serbia, ¿quién sabe el nombre del tercero, pasado mañana!, pueblos infelices, culpables del imperdonable pecado de ser débiles, sacrificados a los apetitos, codicias y ambiciones de los grandes, de aquellos cuya desaprensión guarda parejas con la bondad y brillantez de sus palabras.

La nueva opinión que se abre paso en Serbia, será uno de los factores que más ha de influir en el porvenir de la península balcánica y en la futura política internacional de Rusia, Austria-Hungría e Italia.

III.—La declaración de guerra de Italia a Turquía

¿Se propone Italia enviar tropas a los Dardanelos o a Tracia, para ayudar a los franceses e ingleses? No es de creer. ¿Proyecta un desembarco de tropas en las costas de Siria, para que no se desvanezca como el humo uno de los más sabrosos ofrecimientos que se le hicieron para que declarase la guerra al imperio austro-húngaro? Es más probable, aunque resulta todavía prematuro. ¿Trata de afirmar su soberanía sobre Tripolitania y Libia? No necesitaba dar este paso para afianzar su posición en aquel pedazo de África. ¿Cuál es, entonces, el verdadero objetivo de Italia?

Por de pronto, salir de una situación anómala, que iba siendo insostenible. La alianza, obliga a algo más que laborar descaradamente por los intereses propios. Con la declaración de Italia, las escuadras aliadas encontrarán refugio y amparo en las costas de Sicilia y del Sur del Adriático, y sus tareas se simplifican. Pero las razones que han inducido a los italianos a esta nueva guerra, que por ahora no pasará del terreno diplomático al de los hechos guerreros, son casi exclusivamente de orden

político. Se ha querido ejercer presión sobre los Estados balcánicos, y en primer término sobre Grecia, en segundo sobre Bulgaria. Alemania y Austria están muy lejos de Grecia e incomunicadas con ella; en cambio, lindan por el N. con Serbia y la rodean por todos lados las escuadras aliadas. La actitud de Italia agrava, por consiguiente, la cuestión balcánica.

IV.—El problema griego

A las grandes victorias de los alemanes en los campos de batalla de Curlandia y Polonia, contestaron Francia, Inglaterra e Italia con una nerviosa y espeluznante campaña de prensa, anunciando la intervención, a su favor, de Rumanía, Bulgaria y Grecia. No había que poner en duda que las tres naciones estaban tan ciegas, que esperaban que el poderío ruso llegase al ocaso y se desvanecieran las dudas sobre la impotencia de los aliados en Francia, para ofrecerse como víctimas expiatorias que atrajesen hacia sí la tormenta. Pasó la fecha anunciada de los acontecimientos apocalípticos, y la prensa enmudeció para retornar a la carga de aquí a cuatro o cinco días.

No obstante, en el fondo de esos apasionamientos hay algo o mucho de cierto.

Grecia no debe ni puede contar con un apoyo eficaz de Alemania; aliada ésta de Turquía, la intangibilidad del Asia menor será un hecho si triunfan los imperios centrales, y cuanto más se consolide Turquía, más peligrará Grecia. Nación marítima por excelencia, una expansión por Albania no daría satisfacción a los deseos nacionales, que se concretan en el mar y en las costas asiáticas. El interés y su porvenir llaman a Grecia al lado de los aliados, y estaría ya con ellos si no mediasen otros puntos de vista.

El triunfo de Inglaterra, Francia e Italia equivaldría al desvanecimiento definitivo de las esperanzas griegas, porque aquellos poderosos países suplantaron a los demás en donde quiera posan sus miras. Pero es claro que yendo a su lado algo se ganaría; ¿qué? ese es el nudo gordiano, eso es lo que no se ha dicho a Grecia, sencillamente porque los deseos de ésta y los de los aliados son antagónicos. Por otra parte, la derrota final de los aliados en los Dardanelos es muy problemática, porque aun suponiendo victoriosas a Alemania y Austria, es muy dudoso que extremen sus esfuerzos en favor de la Turquía europea, hallándose sus intereses en otras regiones muy distantes. De donde resulta que Grecia, ganando poco de todos modos, obre como quiera, se expone a perder más inclinándose hacia Alemania que tomando partido por los aliados. Sólo hay un camino sabio, previsor y acertado: mostrar preferencia por los aliados, discutir y regatear las ventajas que éstos le ofrezcan, prolongar las negociaciones sin compromiso inmediato, no abandonar la neutralidad, en una palabra, hasta que la decisión de la guerra no ofrezca dudas, y entonces alistarse bajo las banderas del vencedor: política de equilibrios, difícilísima, abocada a mil peligros, imposible para quienes no posean la astucia y sagacidad de los pueblos orientales.

Gunnaris era demasiado claro, sus propósitos de

neutralidad estricta excesivamente manifiestos; no estaba indicado para esa política de dar largas a las resoluciones y ganar tiempo. Venizelos, que ha subido al poder, no es sospechoso a los aliados, hacia quienes no oculta sus simpatías, y es el hombre indicado para empuñar el timón del Estado en estas difíciles circunstancias. ¿Entrará Grecia inmediatamente en la guerra, como esperan todos? El alma de Venizelos está con los aliados, pero él es griego ante todo; si Francia e Inglaterra no ceden y se resisten,

con menos frecuencia, globos cautivos. Pero los aviones no siempre pueden lanzarse al aire, ni descender lo bastante cerca del adversario para que la fotografía resulte clara; había necesidad de utilizar otros medios. Se comenzó por valerse de pequeños globos, sin tripulantes, y más tarde, con mejor éxito, de cometas y palomas mensajeras. Sin embargo, el problema práctico, en tiempo de guerra, quedó sin resolver, hasta que los estudios tomaron como base los cohetes, los cuales llevarían la cámara foto-

gráfica para sacar instantáneas a vista de pájaro. Este sistema tiene la inapreciable ventaja militar de funcionar independientemente del tiempo y del viento y no exigir largos preparativos, a veces imposibles en campaña.

El fundamento científico del cohete fotográfico se explica en pocas palabras. Un cohete se compone esencialmente (fig. 1), de un cilindro de cartón, que encierra una carga de pólvora, y tiene en sentido del eje, y en la mitad de su altura, un espacio hueco; la pólvora se ataca fuertemente en el cilindro, para que al inflamarse produzca mucho humo y llamas; una delgada varilla, lateral al cilindro, guía al cohete en el aire e impide que se invierta. Se concibe que cabe unir al cohete una máquina fotográfica, cuyo objetivo se abra por efecto de la ignición de la pólvora, cuando esté a determinada altura. Pero estas ideas generales no bastan para construir un mecanismo aceptable; se ne-



El «Salvador» Dräger, aparato de salvamento de que van provistas las tripulaciones de los submarinos alemanes, para caso de siniestro

como hasta aquí, a ofrecer a Grecia todo lo que an-sía, el nuevo presidente, sin dejar de hacer protestas antigermanas, prolongará la actitud ambigua de Grecia y no se saldrá de la neutralidad. Si pudiéramos leer en su interior, acaso descubriéramos que sigue con impaciencia la campaña de Rusia y anhela la victoria definitiva de Alemania; pero serviría mal a su país si esto se supiera. Aplazamientos, buenas palabras, apoyo indirecto, pretensiones cada día mayores, serán las labores de Venizelos; mas si los aliados ceden y se allanan a todo, Grecia desenvainará la espada.

¿Qué harán en tal caso Rumanía y Bulgaria? Esta crónica es larga, y los acontecimientos no es de suponer se precipiten tanto que no haya ocasión de volver sobre este tema en fecha próxima.

F. LARIN.

LOS COHETES FOTOGRÁFICOS

El escritor alemán Hanns Günther ha dado a conocer recientemente, en un instructivo artículo, los cohetes fotográficos de que se sirve su ejército.

Hasta ahora, para obtener fotografías de las posiciones enemigas y de los movimientos de sus tropas, era menester valerse de los aeroplanos, dirigibles y

cesita vencer las dificultades prácticas, y aquí es donde se tropieza con mayores obstáculos. En el caso presente, las dificultades han sido tantas, que el inventor del aparato, el ingeniero de Dresde Alfred Maul, ha invertido no menos de doce años para que su invento entrara en la esfera de la aplicación. El conjunto de su cohete está representado en la fig. 2, donde se ven el cohete propiamente dicho y el afuste para lanzarlo.

En la cabeza o punta del cohete hay una cámara fotográfica de 18 por 18 centímetros, cuyo objetivo mira hacia abajo cuando aquel está vertical. La parte cilíndrica que hay inmediatamente debajo, contiene la carga de pólvora. La varilla evita que el cohete se tuerza en el aire, y en su extremo inferior hay montada una especie de timón en cruz que asegura la completa verticalidad del aparato en su movimiento ascensional; este requisito es absolutamente esencial. No basta el timón para conseguir este objeto; lo acaba de lograr otro mecanismo, también en cruz, fijo a la cámara, que se pone en movimiento al encenderse la pólvora. De esta suerte, el cohete asciende en sentido vertical, animado de un rápido movimiento de rotación, cualesquiera que sean las influencias de los agentes exteriores.

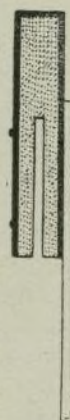


Fig. 1

La impresión de la placa tiene lugar por un mecanismo electro-pneumático, que, en el momento de llegar el cohete al punto más alto de su carrera, cierra el circuito de una pequeña batería galvánica, y enseguida por un movimiento electro-magnético

tito auxiliar. Una vez apuntado el afuste, se pone en él el cohete y se coloca vertical el aparato (figura 3). La inflamación del cohete se efectúa eléctricamente, y una primera corriente pone en movimiento el mecanismo en cruz, mientras que una segunda da

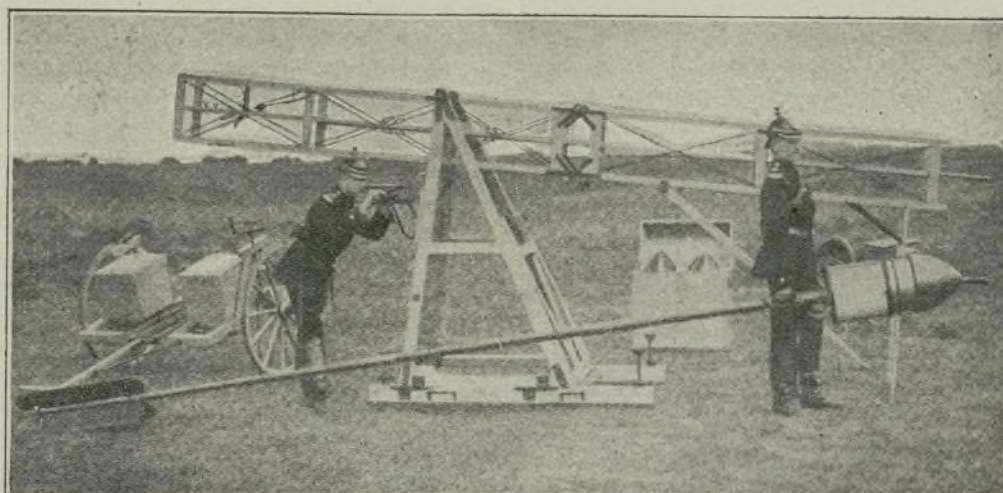


Figura 2

la cierra. Con objeto de que al caer el cohete no sufra desperfectos la cámara, se interpone entre la cabeza y la varilla un paracaídas, que lleva dulcemente a tierra el aparato fotográfico. Pero como sería posible que la varilla se hincase en tierra y estropear la cámara, se la separa de ésta por medio de un cable de 10 metros de longitud (figura 5). Llega

fuego a la pólvora (figura 4), elevándose el cohete en ocho segundos a 500 metros de altura; en este momento, se abre y cierra el objetivo, quedando impresionada la placa, se despliega el paracaídas y se desprende la varilla, que resulta pendiente de la cámara. Al cabo de un minuto del lanzamiento, está el aparato otra vez en tierra.

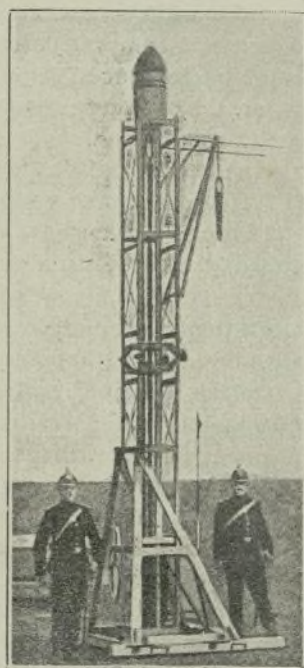


Figura 3

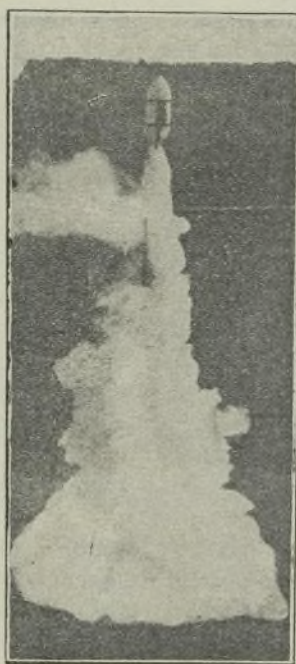


Figura 4

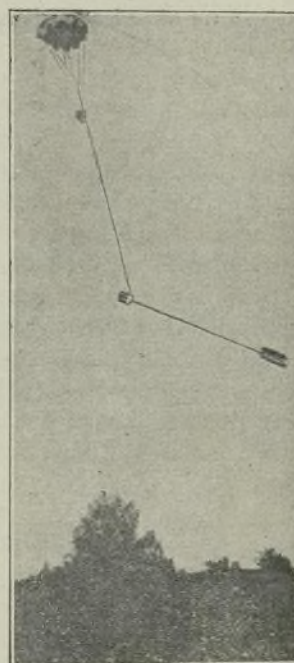


Figura 5

primeramente al suelo la varilla, y enseguida con suavidad el paracaídas con la cámara.

El manejo del aparato es extremadamente sencillo. El cohete—que mide 6 metros de largo y pesa 25 kilogramos—puede despojarse de la cámara y emplearse como cohete ordinario de iluminación. Para lanzarlo al aire, se le coloca en un afuste montado sobre ruedas (figura 2). La puntería se verifica de un modo parecido al de un cañón, mediante un apar-

Las fotografías obtenidas resultan muy claras, según se demuestra por la figura 6, que representa una vista de Launitz (Sajonia), tomada a 500 metros de elevación con este aparato.

El carrito que lleva el afuste y los cohetes puede ser arrastrado por un solo hombre, en caso de necesidad; y su ligereza permite llevarlo a cualquier punto del frente. Se comprende que es punto menos que imposible que el fuego enemigo haga im-

pacto en un aparato que casi no presenta blanco y es invisible a corta distancia.



Figura 6

En la figura 3 se ve en la parte superior, al lado del cohete montado en el afuste, un peso suspendido de una cuerda; cuando ésta queda tensa por elevarse el cohete, se pone en movimiento el mecanismo en cruz que asegura la verticalidad de la ascensión.

COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

A retaguardia del ejército en Campaña. La Cruz Roja. Los establecimientos de baño

X

Para terminar nuestra tournée por Saint Quentin como cabeza de etapas, visitamos el establecimiento de baños. Este está instalado en el edificio de una gran tintorería. Aunque es provisional, hay en él baños de todas naturalezas. Una docena de soldados regocíjase en los placeres de varias regaderas de agua fría. Un sargento regordete metido en una tina eléctrica, intenta deshacerse de algunos kilos de grasa que visiblemente le sobran.—Es un lugar de placer y en puertas y paredes hay dibujos e inscripciones que tienen que ver con las circunstancias reinantes.

Sin salir del mismo edificio, tenemos oportunidad de ver una lavandería y una fábrica de jabones. A estos establecimientos se les da grande importancia, especialmente al lavado de la ropa. Así se impiden los horrores de muchas infecciones y contagios.—Además de las lavanderías fijas, como la que visitamos, existen lavanderías y desinfectadores transportables montados sobre automóviles de carga. Motores eléctricos desarrollan la energía necesaria para el movimiento de las máquinas lavadoras y secadoras. Una caldera produce el vapor necesario. El lavado se hace a 100° de temperatura, de manera que la desinfección es total. Cada lavandería transportable de éstas puede lavar al día alrededor de 2,000 kilogramos de ropa, dejándola lista para usarla. Los aparatos de desinfección son indispensables en casos de epidemia.

Entre estos aparatos móviles de campaña, son de notarse, en fin, los destiladores de agua y los coches de rayos X. Están montados con todos los perfeccionamientos de la ciencia moderna de manera semejante a los anteriores.

Se va haciendo tarde, pero al fin hemos terminado nuestras exploraciones. Ya podemos separarnos los unos de los otros. Yo, por mi parte, me dirijo a la rue de Metz. Mi patrona me saluda con un aire de familiaridad muy marcado. He conseguido influirle confianza, de lo que no poco me alegro.—Cambio de ropas, me aseo y me echo de nuevo a la calle, en busca de un café. En la plaza me encuentro con mi colega el capitán de Valliere, corresponsal suizo y el doctor Blankenstein, corresponsal holandés, quienes han seguido su carrera sin darse un minuto de reposo. Bien se ve que son corresponsales de buena ley, es decir, hombres incansables para ver y preguntar; reunidos los tres, encontramos luego una confitería donde podremos glosar una taza té. Es la única que queda en la ciudad y que sea a la vez visitable. Está muy concurrida, como cualquiera se imaginará que conozca al pueblo alemán. Sólo me llama la atención que no exista ya mayor número de ellas, pues para un alemán—aun siendo soldado—es indispensable el café.

En las calles de la población no se ve más seres humanos que soldados. En grandes grupos, paseando y a las veces en patrullas haciendo resonar las calles con su paso recio, cuyo eco se pierde en las casas dormidas. Olas de soldados, bien quisiera decir «Feldgrauen»—gris de campaña—, como olas grises que afluyen sin cesar, en un regocijo clamoroso aunque medido, salpicado de risas cordiales.

Entré en una papelería a comprar postales. Choca a mi vendedora que hable francés y me muestra los rótulos del exterior, un poco disgustada por mi falta de precaución. Efectivamente, a la puerta se ven grandes rótulos que cubren la fachada del almacén de arriba hasta abajo. «Deutscher Laden», «Deutsch Zeitungen», «Deutsche Postkarten», etc., etc., repitiendo el mismo adjetivo ante cada nombre de mercaderías.

Apenas salido de la tienda, tropiezo con una turbamulta de soldados; me arrimo a la pared para dejarlos pasar por la estrecha callejuela. Mas, apenas pasado el montón principal, siguen cerniéndose en cadena sin fin, más y más soldados. Pienso un momento en la inmensidad de la fuerza de un pueblo que puede enviar tantos hijos a la defensa de su territorio. Millones luchan contra los rusos en oriente, contra los franceses, ingleses, belgas y como tantos pueblos unidos sigan llamándose, en una frontera larga de la Suiza hasta el canal de la Mancha y desde los Cárpatos hasta el mar Báltico. Y muchos tras de las filas de los combatientes, para substituir sin demora a los que caigan. Y, sin embargo, nunca me pareció en Berlín que faltaran hombres en los años en que la fuerza abunda, juveniles, lozanos, robustos. Si los enemigos quieren acabar con un pueblo como éste, tendrán que combatirle muchos años, con mucha fuerza. La fuerza está de este lado y en el juicio de Dios que ahora se desarrolla sobre la tierra, creo que de este lado habrá de pesar más la balanza. Los alemanes confían, por lo menos, en el fin favorable de la ordalía.

En la plaza de l' Hotel de Ville toca la banda de música de un regimiento. Escuchándola, se han acumulado en confusión soldados, hermanas de la Cruz Roja, algunos viejos franceses, el negro puro entre los labios, las manos a la espalda, baja la mirada, lento el paso y muchos muchachos de la población, curiosos de entender lo que dicen los soldados y lo que cada parte de su vestido y equipo significa. Es de ver el contraste que presentan los aspectos de viejos y jóvenes. Los primeros siéntense humillados y muerden con rabiosa impaciencia la desesperación de la impotencia. Los chicos, los niños, para quienes los hombres grises—ahora que han ya olvidado sus tiernas memorias los horrores de los días de lucha—no son más que los germanos venidos de oriente, por todos temidos y por los mayores odiados, admiranlos como seres extraños, y su mayor regocijo es llegar a hacer amistad con alguno de ellos, menos socarrón que sus compañeros.

En la *Fontaine Vaseur*, tan alegre en otros tiempos y tan visitada, reina una tranquilidad apenas turbada por los juegos de unos cuantos niños rodando y correteando en el césped del Parque. Las niñeras, apostadas en corro, charlan en voz baja, misteriosamente. Un par de soldados les pasan y repasan por el frente, sin lograr atraer sus esquivas miradas. Ancianos franceses, sentados aquí y allá en las bancas, bajo exuberantes castaños, leen las últimas noticias de la guerra en sus periódicos. Conducidos por hermanas solícitas, pasean lentamente soldados convalecientes. Los unos sostenidos en muletas, los otros en los fuertes brazos de las enfermeras, quienes pacientes y de una dulzura conmovedora, están atentas a cuanto sea posible hacer por su protegido. Todo cuanto se diga en encomio de esas valientes muchachas, cuya caridad las lleva lejos de las fronteras de su patria, en la inseguridad de un territorio invadido, donde cada sér humano es un enemigo natural, me parecerá pálido en atención de la realidad. Quien las ha visto en los lazaretos y hospitales, en los otros mil trabajos que les están encomendados, activas, serias, llenas de bondad para con el paciente, conmovedoras de solicitud y, sin embargo, frescas y de buen humor siempre,—que no contribuye poco a la buena atención de un enfermo,—sabe cuánto consuelo y ayuda prestan a los soldados de su patria, aumentando así su resistencia y mitigando sus dolores, que es mucho más digno de alabanza, porque es un fin lleno de amor y abnegación.

Prosigo mi camino por las calles de la ciudad. Retirada del centro ya, hay una cantina: «Deutsche Restauration». Desde la calle puedo ver un grupo de soldados en estrecha y descuidada camaradería con varias muchachas alemanas, y escuchar la canción que cantan a coro:

Ich hatt einen Kameraden;
Einen bessern find'st du nit.
Die Trommel schlug zum Streite,
Er ging an meiner Seite.—
—Gloria, Gloria, Gloria, Viktoria—
Ja, mit Herz und Hand, ja, mit Herz und Hand
für's Vaterland!...
Ja, mit Herz und Hand, ja, mit Herz und Hand
Für's Vaterland!...
(Tenía un camarada,—mejor no hallarás ningu-

no.—Llamó el tambor a la lucha,—Acudimos lado a lado,—Gloria, Gloria, Gloria, Victoria,—sí, con brazos y corazón—por la patria.)

En el local de la sucursal de la «Banque de France» está instalado, por el pronto, un casino de oficiales alemanes. A la hora indicada estamos allí para la cena, terminada la cual, a eso de las once de la noche, nos retiramos a nuestras habitaciones respectivas.

* *

Una confusión muy extendida, con desconsoladora frecuencia representada también por la prensa, es la que hace del servicio sanitario y de la Cruz Roja una misma cosa. De hecho, sin embargo, la diferencia entre ambos es fundamental.

La Cruz Roja es una institución privada, independiente del Estado y que tiene sus medios de existencia en la caridad pública, expresada en donativo o en la prestación de servicios personales. Su objeto, por otra parte, es el mismo que el del servicio sanitario del ejército. Ahora, la manera como ambas instituciones se ayudan mutuamente, o, mejor dicho, como la Cruz Roja se incrusta por decirlo así, en el servicio de sanidad, se basa sobre el hecho de que la Cruz Roja es reconocida por el Estado y quiere hacer uso de ella. Por eso todos los miembros de aquella destinados a cuidar a los heridos, están sujetos a las ordenanzas de la autoridad militar y a seguir las órdenes de ésta en todo caso; sus enfermeros y enfermeras sirven en los lazaretos en el transporte de enfermos, en las estaciones de vendaje y refrescos en las líneas de ferrocarril; sus donativos constituyen un elemento considerable en la provisión de los depósitos y boticas que hemos encontrado en la zona de etapas; en fin, su obra son muchos de los coches de campaña y trenes lazaretos, que operan entre las cabezas de etapas y Alemania. Interviene en la correspondencia de enfermos con los suyos. En todas estas materias desarrolla una actividad admirable digna de reconocimiento. Por supuesto, no tan sólo en las etapas, también en el país mismo; pero como este lado de su tarea es más conocido, no me he querido ocupar en él.—Ayuda a la confusión de ambos servicios el hecho de que todo soldado, establecimiento, etc. sanitario se distingue por la Cruz Roja. La adopción de la Cruz Roja sobre campo blanco tiene que ver con la famosa Convención internacional de Ginebra de 22 de agosto de 1864 en que se reconoció a los sentimientos humanitarios como el más alto principio de una guerra civilizada.

J. C. GUERRERO.

Primavera de 1915.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Los testarudos

(El señor A).—¡Sí, señor! Los rusos se retiran, incendian los pueblos que abandonan...

—¡Qué bárbaros! ¡Qué salvajes!

(El señor A).—¡Qué sabios y qué defensores del derecho, debería V. decir! De este modo entorpecen el avance de los alemanes.

—Como a los alemanes se les llamó bárbaros porque incendiaron siete casas y media de Lovaina, y salvajes porque cayeron unos cuantos proyectiles en

las catedrales de Reims y Soissons, creía que merecían iguales calificativos los rusos, que entregan a las llamas docenas y docenas de pueblos, y arrasan las iglesias y destruyen las cosechas y...

(El señor A).—Los rusos son dueños en su país, y los alemanes no lo son en Francia, ni en Bélgica; aquellos obran en provecho propio y...

—¿Y los alemanes en provecho ajeno? De modo que ¿V. cree que al hacendado, al propietario y al labriego que le arruinan y le sumen en la miseria, le hacen un favor? ¡Bonita manera de proteger al país! Aún no he leído que los ministros, ni los generales,

ñor A? Yo creo que eso es lo que les hace más falta: muchas tisanas y buenas fricciones en las plantas de los pies.

(El señor A).—Y los alemanes ¿qué tomarán? ¿Zarzaparrilla?

—Pues tomarán... lo que están tomando hasta ahora: Varsovia, Kovno, Ivangorod, Lomza, Pultusk...; luego Riga, Petrogrado o por fuerza, París, Calais...

(El señor A).—¡Despáchese a su gusto! ¡Cuentas galanas, don Subrio! ¡Qué más quisiera V., que los alemanes se apoderaran de todos esos puntos!

—Y V. también, señor A; y los franceses, y los ingleses, y los rusos, y hasta los italianos que se bañan en el Isonzo; porque como cada plaza que se rinde aproxima el triunfo de los aliados, éstos deben arder en deseos de que se las arrebatasen todas. A cada carrera sigue el mismo comentario: ¿Lo ven ustedes? hemos perdido tal fortaleza; nuestro triunfo es indudable; vamos derechamente a él. Y *tutti contenti*.

(El señor A).—Me hago cruces, don Subrio. ¡Cuántas ligerezas dice V! ¿Negará V. que los alemanes se debilitan y que pierden fuerzas cada día? ¿Negará V. que gastan municiones, que se estropea su material de guerra, que se alejan de sus fronteras?

—No, señor, yo no niego nada; pero, pregunto: ¿aumentan las fuerzas de los aliados, tienen más municiones, se acercan a sus fronteras?

(El señor A).—A los aliados les basta estarse quietos; Alemania concluirá por desangrarse. Y cuando llegue ese momento ¿pondrá V. en duda todavía el triunfo de mis amigos?

—Si llega lo que no ha llegado aún, no sé lo que pensaré. Por ahora, me limito a saber que hace un año me apestan ustedes con el mismo estribillo: que mañana, que pasado, que el otro... y cada fecha es un nuevo triunfo para Alemania.

(El señor A).—Pero, hombre de Dios, ¿es posible que Alema-

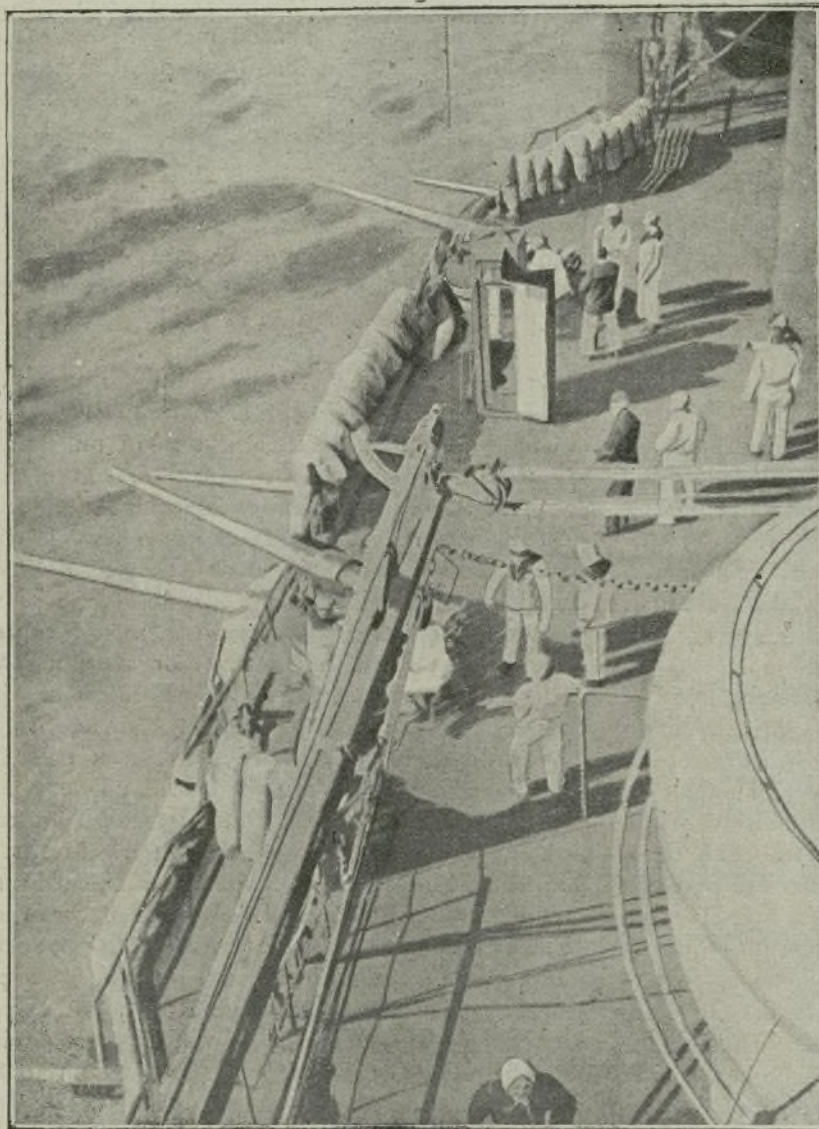
nia resista indefinidamente? ¿No ha de sobrevenir el instante en que no pueda más? ¡Es un hecho matemático!

—En eso tiene V. razón: las divisiones y las restas debilitan; pero hay otra cosa que debilita más: la depravación, y si no pregúnteles V. a Francia y a Inglaterra

(El señor B).—Han sacado ustedes la cuestión de su cauce. Decía el señor A. que la retirada de los rusos les acercaba al triunfo, y lo demostraba.

—Pues, entonces ¿por qué no se retiran los franceses?

(El señor A).—El caso es muy diferente; no va V.



Cubierta de un crucero francés, en los Dardanelos. Los hombres de la tripulación llevan tupidos cubre-oidos, para protegerse contra el ruido de los cañones

ni los individuos de la Duma prendan fuego en sus palacios, ni...

(El señor A).—Porque no ha llegado la hora, pero...

—Sí, estoy conforme; pero llegará, y quién sabe si será pronto. Entre tanto, diga V. que el patriotismo es admirable cuando paga otro los platos rotos.

(El señor B).—¿Dejará V., don Subrio, que acabe su argumentación el señor A?

(El señor A).—Los rusos se retiran, y por consiguiendo su victoria es indudable. Se reorganizarán, recibirán municiones, tomarán la ofensiva...

—Eso de la ofensiva ¿es un reconstituyente, se-

a comparar Rusia con Francia. En Rusia hay muchos millones de hombres y el territorio es inmenso; ¿qué pierde con que los alemanes ocupen dos o tres o cuatro provincias? ¡Puede dar y regalar terreno!

—No lo diga V. muy alto, señor A., porque los rumanos reclamarán su parte.

(El señor A).—Además, todos los pequeños contratiempos, si puede dárseles este nombre, que han padecido en Polonia, están ampliamente compensados por los triunfos que obtienen contra los turcos en el Cáucaso.

—¿En Van, no es verdad? Ya sé que por allí van y... vuelven. A propósito ¿qué me dicen ustedes de la flota mercante turca? Debe ser mayor que la británica.

(El señor B). — La marina mercante de Turquía es la última de Europa. ¿A qué viene ese inciso, don Subrio?

—Los rusos no hay día que no echen a pique quince o veinte veleros turcos, y se me figuraba que su número era infinito. Cada paliza de los rusos en Polonia, cuesta una docena de veleros a Turquía y un desastre en la dirección de Olty o en la de Van. Decididamente, los rusos son gente de buen humor, a pesar de sus barbas y de sus gorros de pieles y de sus hopalandas. ¿Que hay carreras en Varsovia? ¡Gran victoria en el Cáucaso! ¿Que caen 100 000 hombres prisioneros? ¡Treinta veleros turcos a pique! ¿Que el Gran Duque ensaya la velocidad de su automóvil? ¡Nos apoderaremos de Teherán! ¡Debe ser muy agradable vivir en Rusia! ¡Siempre de triunfo en triunfo y gozando de las árias, gorgoritos y coro de tenores anglo-franco-italianos! Y los alemanes que se fastidien y conquisten plazas y hagan prisioneros. ¡Qué gentuza tan prosaica son esos alemanes! Mire V. que no hacer caso de las preciosidades que escriben los aliados, ni de las armoniosas voces de las sirenas modernas! ¿Qué trabajo les costaría convencerse de que están derrotados y perdidos? Lo menos que se les puede llamar es testarudos.

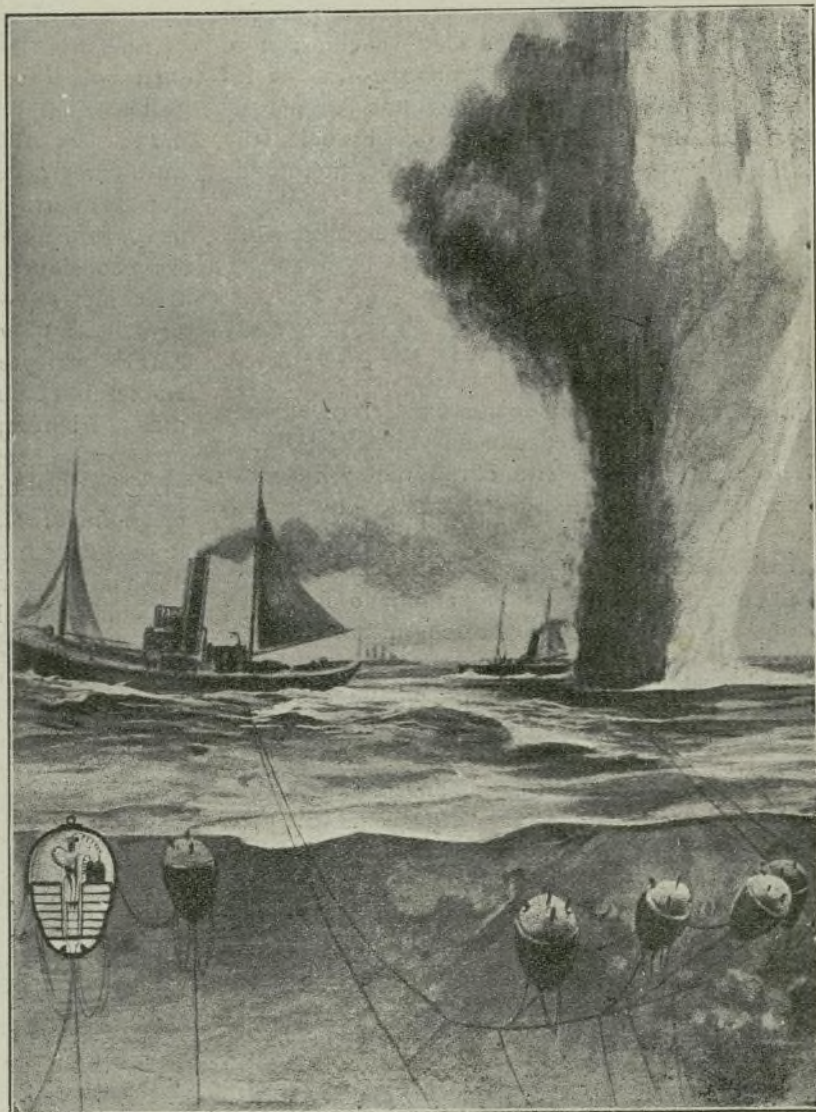
(El señor A).—Están ciegos y no ven; peor para ellos.

—Es lo que yo pienso: ¿por qué no tiran las armas, si ahora las guerras se ganan con la pluma? Aunque se apoderen de toda Rusia y de toda Francia ¿qué conseguirán? Ha quedado demostrado que su derrota es inevitable y nada podrá destruir esta afirmación. Crean ustedes que a veces me infunden lástima; todo el mundo a una les grita: ¡están ustedes vencidos, no tengan esperanzas!, y ellos se comen hoy una provincia, mañana se meriendan una

fortaleza, y pasado apresan cincuenta mil moskovitas.

(El señor B).—¡A eso se llama engordar para morir!

—A bien que la teoría alemana reza que más vale morir de indigestión, que perecer de inanición o de un derrame de bilis. Cada cual tiene su manera de vivir a gusto. Los rusos prefieren retirarse heroicamente y reducir a pavesas el país; los franceses declaman, recitan y hacen literatura; los italianos levantan el plano del Isonzo; y los alemanes ¡gañanes voraces e insaciables! comen a dos carrillos. ¡Repugnan, esta es la verdad!



Demostración de las minas fondeadas, empleadas por los turcos en los Dardanelos

(El señor A).—Ha olvidado V. a los ingleses, don Subrio.

—¿Cómo los voy a olvidar, si son la pesadilla del género humano? Los ingleses comercian, comercian mucho, y arrean de vez en cuando a sus amigos, diciéndoles que es menester sacrificarse en aras del derecho y demás paparruchas.

(El señor A).—¡Y también de la religión, don Subrio, porque el ejército francés está lleno de sacerdotes regulares y seculares!

—¡Es verdad! En tiempo de paz se les expulsó, pero ahora la fraternidad y la igualdad han puesto un fusil en sus manos. En cambio, los alemanes ¿habráse visto gente más soez? sólo exigen de los clérigos sus funciones espirituales, y no los arman.

(El señor B).—¡Al freir será el reir, don Subrio! Usted se regocija mucho, y puede que acabe llorando.

—La vida es corta, señor B., y bueno es reir siempre que hay ocasión. ¿Por qué he de desaprovecharla, ahora que los aliados están a las puertas de la victoria? Muchos sudores y agonías les ha costado, pero ya van a recoger los frutos de sus argucias y predicciones.

(El señor A).—Aunque V. lo niegue, así es, don Subrio. ¡La victoria es segura!

—Por eso me empiezan a fastidiar los alemanes; no puedo yo con los testarudos; pero, señor ¿por qué no se convencerán de que han sido vencidos, si se les ha demostrado en todos los terrenos—eso de los terrenos es una figura retórica, señor A., porque tendríamos que excluir los de Bélgica, Francia, Rusia, Turquía y el Isonzo—y por todos los literatos de Francia y sus malos traductores?

SUBRIO ESCÁPULA

LA SUPREMACÍA EN EL MAR

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el siguiente artículo del redactor naval del *Times*. Este escritor, de entendimiento equilibrado y relativamente desapasionado, está laborando con acierto desde el principio de la guerra, para persuadir a sus compatriotas que la flota británica ha hecho cuanto de ella cabía esperar, y no ha perdonado medio ni ocasión de realzar los servicios de la marina inglesa. Optimista, sin jactancias, el redactor aludido se aparta, por primera vez, de su norma de conducta, en el artículo que aparece a continuación.

En el *Times* de la última semana se publicó una lista de más de 40 barcos, 30 de ellos británicos, cuya presencia en los Dardanelos ha sido revelada oficialmente o por otras fuentes. Nadie, y menos que todos el enemigo, cree que esta lista contiene los nombres de todos los navíos que intervienen o han intervenido en las operaciones en el estrecho. Es posible que varios de ellos hayan sido retirados para otra misión y reemplazados por otros. La presencia de los submarinos alemanes y sus operaciones, incluyendo el hundimiento de dos acorazados, hace probable que por lo menos la flotilla de destroyers se componga de más de cinco unidades, cuyos nombres se ha dado a conocer.

Los barcos aludidos han sido calificados por mister Churchill como nuestra flota sobrante. Gran número de buques, dijo, tendrán que ser desmantelados antes de fin de año, porque sus tripulaciones son necesarias para los enormes refuerzos de nuevos barcos que se preparan. Considerando que dichos barcos sin excepción, aunque los más sean del tipo *Pre-Dreadnought*, pueden servir para útiles cometidos de guerra, resulta extraordinario que el último *Prinzer Lord* del Almirantazgo hable de ellos en estos términos. Cierta ansiedad natural se ha extendido, porque el peso que recae sobre la flota de los Dardanelos disminuirá la fuerza, y por consiguiente la eficacia, de la fuerza naval en nuestras aguas y en el teatro decisivo de la guerra. La flota de alta mar

(Dardanelos) viene en segundo lugar con respecto a la de casa y puede llegar a nuestras costas al cabo de unas pocas horas de navegación. Es peligroso para nosotros despreciar o rebajar la fuerza de aquella escuadra.

Al mismo tiempo que tan gran número de barcos está siendo empleado en el Mediterráneo, se reciben noticias fidedignas de movimientos en los puertos alemanes del mar del Norte, y nadie podría sorprenderse si, frente al hecho de que nuestra flota de alta mar está empeñada en operaciones militares, se emprendiera una tentativa naval, de concierto con una nueva ofensiva en Flandes. Entre tanto, la caza de nuestra marina mercante por los submarinos alemanes continúa sin debilitarse. El 7 de julio, lord Selborne, en la Cámara Alta, hablando de la amenaza de los submarinos, dijo que éstos cobraban un duro derecho de paso a nuestros barcos. Cuanto más dure la guerra, más submarinos es probable que intervengan; y no será por culpa del Gobierno alemán si no consiguen asestar un golpe de muerte a nuestro comercio, y en especial a la parte del mismo que se dedica a traer al país el alimento necesario al pueblo. Es evidente que los consignatarios y armadores empiezan a estar intranquilos por las continuas pérdidas de barcos, víctimas de ataques submarinos. A juzgar por lo revelado oficialmente y a pesar de que M. Churchill dijo en Dcondes que la amenaza submarina había sido reducida a límites definidos, no se nota ninguna disminución, y el tonelaje destruido es tan grande como en cualquiera otro período del «bloqueo». La lista de pérdidas dada por el Almirantazgo dice que en abril fueron hundidos nueve barcos, catorce en mayo y treinta y tres en junio (1). El número de submarinos alemanes probablemente se ha más que duplicado, obligándonos a redoblar nuestra actividad para afrontar el peligro. Pocas noticias se han dado sobre las bajas de la flotilla alemana, pero la actividad continuada y sostenida de los botes, hace creer que las nuevas construcciones han compensado con creces las pérdidas.

Es de notar que las recientes víctimas de los submarinos han sido atacadas en las aguas del Sur de Irlanda y en el borde occidental del canal, donde el volumen del comercio inglés hacia los puertos se estrecha y congestiona, ofreciendo grandes oportunidades a los atacantes. El hecho de que estas aguas no están guardadas de un modo efectivo por destroyers o patrullas de pequeñas unidades indica, o una insuficiencia de barcos a propósito para este cometido, o algún defecto en la organización de la defensa. Muchos armadores y comerciantes han preguntado, durante la semana pasada, por qué un vapor como el *Armenian* no recibió el apoyo de una patrulla de destroyers al entrar en la zona de guerra (2). La única explicación admisible es que no disponemos de bastantes barcos pequeños para formar estas patrullas. Por ningún motivo, desde luego, puede ser despojada la gran flota de sus pequeñas unidades, ni tampoco debilitarse, sin grave riesgo, las guardias avanzadas del mar del Norte.

(1) Estas cifras, oficiales, no llegan a la tercera parte de las reales; lo saben en Inglaterra más que en ningún otro país. (Nota de la R.)

(2) A bordo del *Armenian* perecieron, al ser atacado, algunos súbditos norteamericanos. Téngalo presente el lector. (Nota de la Redacción.)

Sin necesidad de esto, sin embargo, cabe tomar medidas contra los submarinos. Se ha sugerido la idea de que los barcos mercantes se armaran, y como los cañones y los artilleros se encontrarían fácilmente, no hay motivo para rechazar el pensamiento. (Sigue un párrafo explicando las ventajas de este procedimiento).

Recientemente, lord Seaborne hizo manifestaciones notables refiriéndose a cartas que ha recibido sobre el Live Stock Bill. Por ninguna de ellas, añadió, se sospecharía que la nación está en guerra. El hecho es que el pueblo se preocupa tan poco de la misma, gracias a la protección de la flota, que apenas reconoce cuánto debe agradecer a la escuadra. Nada le dice que la marina británica es el factor dominante de la guerra, y cree que toda amenaza ha desaparecido por los combates librados en el mar del Norte. Los alemanes han sido batidos dos veces; si así ha ocurrido ya, también volverá a suceder después; los negocios marchan como de costumbre; ¿por qué preocuparse? Esta actitud es muy peligrosa; la nación debiera tener siempre presente que el poderío naval de Alemania está incólume. Nuestro principal cuidado ha de consistir en mantener la fuerza y eficiencia de la gran flota. La victoria de los aliados depende de que continúe la supremacía de la marina británica, y la lucha por esta supremacía no se ha entablado aún. Si perdiéramos el dominio del mar, no sería posible el triunfo en tierra. Cuando la potencia de la marina desaparezca, todo desaparecerá. Napoleón comprendió el hecho de la vital importancia del dominio del mar, cuando, con su ejército invasor acampado en Bolonia, exclamó: «Seamos dueños del estrecho durante seis horas, y seremos dueños del mundo.»

LA CAIDA DE KOVNO JUZGADA POR REPINGTON

He aquí lo que escribió el coronel Repington, crítico militar del *Times*, al tener noticia de la conquista de la fortaleza por los alemanes:

«Los alemanes anuncian que la ciudad de Kovno «y todos sus fuertes» están en su poder como resultado de un asalto en la noche del 17 de agosto. No sabíamos nada de un ataque hasta ahora, excepto contra los frentes del O. y S. O., y es posible que todavía los rusos se sostengan en la orilla derecha del Niemen, junto a la ciudad. Pero el anuncio alemán es muy preciso y terminante, de modo que, a menos que hoy mismo recibamos una negativa de Petrogrado, debemos creer con gran sentimiento que esta plaza ha caído en las manos del enemigo.

«Es un golpe muy desagradable. La defensa se prosiguió evidentemente hasta lo último, y sólo cuando el último fuerte fué un montón de ruinas la valiente guarnición sucumbió. Es un triunfo más

para los cañones alemanes, de los cuales hay gran número en acción, incluyendo todos los calibres hasta el de 42 centímetros. Se hicieron abundantes preparativos para el ataque, facilitado por el ferrocarril que va a la Prusia Oriental, en poder de los alemanes. Gracias al fuego abrumador de las piezas, los alemanes han podido conseguir su objetivo, sin tenerse que sujetar a los métodos lentos de un sitio, aunque deben haber sacrificado gran número de hombres.

«Una fortaleza más o menos no influye mucho, pero Kovno tiene grande importancia en este momento por su relación con las posiciones de los ejércitos beligerantes, y nada se ganaría disminuyendo la gravedad de su pérdida. Si todas sus defensas están en manos de los alemanes, el ejército mandado por von Eichhorn puede ser trasladado al otro lado del Niemen, y agregará su peso a las ya considerables fuerzas de Hindenburg que están al N. del río. Girando ahora alrededor de la fortaleza conquistada, el mariscal estará en libertad de avanzar sobre Vilna, si se ha hecho fuerte en el frente Dvinsk-Riga, y la amenaza a las comunicaciones de los principales ejércitos rusos de la línea Bobr-Bug, será muy efectiva. No podemos aún precisar exactamente hasta qué punto esta amenaza es seria, porque carecemos de noticias sobre las fuerzas que el Gran Duque ha reunido en el sector de Vilna, pero Hindenburg no ha tropezado con muchas dificultades para contener los ataques desde Riga y Dvinsk, y es probable que para desplegar todas sus fuerzas haya esperado el resultado del ataque a Kovno.

«La situación de los ejércitos rusos en la línea Bobr-Bug es ahora grave. Hay indicios de que los seis o siete ejércitos austro-alemanes que se oponen directamente a los rusos, han efectuado ya irrupciones en la línea abandonada por nuestros aliados, y la presencia de parte de los ejércitos de Mackensen en la orilla derecha del Bug, junto a Vlodava, es tan desagradable como inesperada. El río y las marismas del Pripiet se esperaba que impidieran un movimiento de este género, si las defensas naturales de esta región fueran adecuadamente utilizadas, pero si el flanco es envuelto por aquí y Bielostock amenazado, puede presentarse el caso de que el Gran Duque no se sostenga ya más en la línea de Brest, sino que procure ante todo salvar sus ejércitos. Con los ejércitos que le persiguen, puede luchar combatiendo valientemente e inteligentemente como hasta aquí, con sus retaguardias, pero la amenaza de Hindenburg en el N. es ahora tan seria que debe pesar hondamente en las decisiones rusas.

«Los acontecimientos de los próximos diez días prometen ser decisivos. Hemos de suponer que nuestro Gobierno está alerta y piensa en lo que puede acontecer, así como que lo tiene en cuenta en la disposición general de nuestras fuerzas militares».

CRÓNICA MILITAR

I. Los servicios de Sanidad en la guerra moderna.—II. Las plazas fuertes de Rusia.—III. Las operaciones en el frente oriental.—IV. La situación el 31 de agosto

I.—Los servicios de Sanidad en la guerra moderna

Desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, era un hecho, que se admitía como fatalmente inevitable, la aparición de enfermedades epidémicas



General Böhm-Ermolli, comandante del ejército austriaco que opera en combinación con el de von Mackensen

en los ejércitos de operaciones; la mortalidad por esta causa superaba a las producidas por el fuego y el arma blanca, y si la guerra era de larga duración el azote se extendía por los pueblos y hacía estragos en la población civil. No es extraño que al comenzar el actual conflicto abundaran los presagios pesimistas sobre la salud pública en Europa. Por fortuna no se han realizado, aunque los focos de cólera en Oriente y el tifus en Serbia han demostrado que no eran infundados. La presente guerra ha sido un triunfo esplendoroso de la medicina en sus dos formas: curativa y preventiva.

Si en el primer concepto, los adelantos de la terapéutica y los notables progresos de la cirugía han conseguido reducir a un mínimo los casos de inutilidad y fallecimiento consecutivo de heridos, desde el segundo punto de vista los resultados han sido asombrosos. Si alguna prueba necesitaba la higiene individual y colectiva para que hasta los más rutinarios se rindieran a lo que no ofrecía duda, la guerra actual se la ha ofrecido con abundancia.

Era de temer que la vida de trincheras que llevaba el soldado en el frente occidental, y las privaciones y fatigas a que estaba sometido en el oriental, desencadenasen terribles epidemias; y, en efecto, en los primeros meses del invierno pasado, hubo bastantes casos de tifus exantemático en Francia y de dolencias gastro-intestinales, de las que no se libra-

ron los ingleses y alemanes—más acostumbrados a las prácticas higiénicas que los franceses—, y de cólera y tifus abdominal en oriente. En Serbia, el exantemático diezmó al ejército y a la población, y aún no puede darse por totalmente extinguido.

En occidente, se combatió la epidemia mejorando el albergue de las tropas, saneando las trincheras, para evitar en lo posible que se encharcaran en ellas las aguas, reforzando la alimentación y, sobre todo, cuidando del aseo personal y de la desinfección de ropas y efectos. Ingleses y alemanes lograron acabar con los focos epidémicos, y los franceses lucharon también con resultado satisfactorio. El ejército británico vigorizó sus servicios sanitarios con especialistas y personal y material adecuado; Alemania organizó excelentes trenes de sanidad y extendió a todo el frente la práctica de los baños generales y de la desinfección, oponiendo una barrera infranqueable a la entrada de los gérmenes morbosos en el interior del imperio.

La policía corporal y el estado de limpieza del vestuario y ropa interior, no sólo mejora la salud colectiva y precave contra las epidemias, sino que ejerce beneficioso influjo en caso de herida, librando al organismo de infecciones que agravan y complican la lesión. El elevado tanto por ciento de curaciones que se registran en lazaretos y hospitales se debe, en gran parte, a las prácticas de higiene personal, tan útiles como agradables.

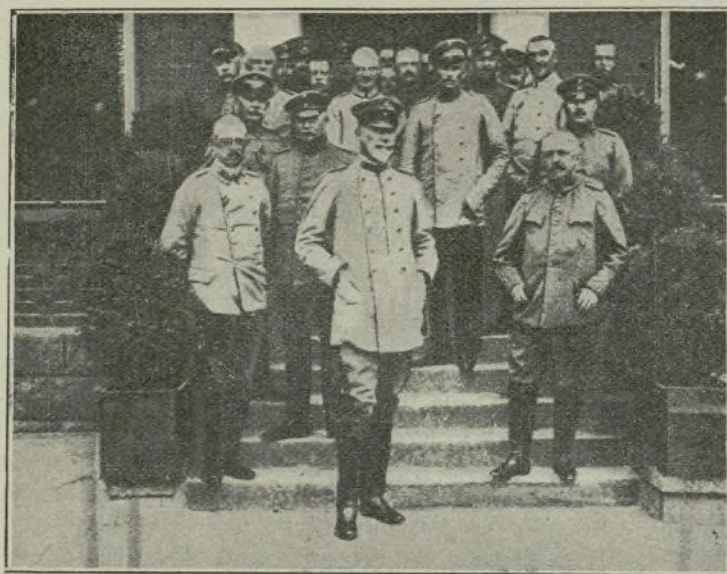
Al mismo tiempo, se han empleado los medios más enérgicos para protegerse contra los peligros de la corrupción de cadáveres y la aglomeración de ba-



General bávaro von Bothmer, jefe de uno de los cuerpos de ejército de Linsingen

suras y restos de todo género, acudiendo a la incineración y al empleo de poderosos desinfectantes en cantidades enormes.

Todos los beligerantes estaban interesados en que no se desataran epidemias, y laborando eficazmente en este sentido, aunque cada cual en su campo, se ha obtenido el fin apetecido, y el occidente de Europa se ha visto libre de aquellas calamidades.



El oficial más alto del ejército alemán, general von Plüskow, comandante de uno de los ejércitos que operan en Rusia

No ha acontecido lo mismo en oriente. El ejército ruso llevaba en su seno todas las enfermedades que se originan de la aglomeración y falta de aseo; el cólera, la fiebre tifoidea, el tifus exantemático, legiones de parásitos inmundos, son los compañeros inseparables de aquellas tropas, hace muchos meses; contra la ignorancia, incultura y torpes hábitos del campesino ruso, poco podían hacer los jefes y la sanidad. Alemanes y austriacos han luchado con ahinco y tesón para no ser contagiados, pero pese a todos sus esfuerzos no lo han conseguido por completo. El baño obligatorio, la desinfección de personas y efectos que eran enviados al interior, el incendio de géneros y aun edificios infectados, la captación de aguas subterráneas y el cierre de las fuentes públicas contaminadas, los trenes sanitarios que llegan hasta la línea de combate, todos los recursos de la ciencia han sido empleados sin regateos y sin tasa; pero es imposible evitar que las tropas se pongan en contacto con los rusos en retirada, y mucho menos que entren en los pueblos azotados por las epidemias, y de aquí que hayan aparecido varios focos, que se están combatiendo con rigor. Con todo, se han podido cortar las epidemias, dejándolas localizadas.

La multiplicación de los servicios médicos, desde la línea de fuego al interior del país, ha mejorado extraordinariamente desde que comenzó la guerra. Ahora, los heridos son evacuados rápidamente y reciben el auxilio que necesitan al poco tiempo de caer en el campo de batalla, gracias a los automóviles de la Cruz Roja y a los trenes ferroviarios hospitalarios. En los lazaretos, se cuenta con aparatos de todas especies para devolver el juego a las articulaciones y hacer que los miembros lesionados recobren el vigor perdido; en Alemania se han ideado nuevos aparatos y se han encontrado nuevas aplicaciones, utilísimas, de la electricidad.

De todo esto resulta que la Sanidad militar ha adquirido en la guerra de nuestros días una importancia de primer orden. No ha de limitarse sólo a las curas de urgencia y provisionales, en espera de que los heridos y enfermos sean evacuados al interior, sino que desde el primer momento se hace cargo de ellos y no cesa de prestarles sus cuidados hasta dejarlos instalados en lazaretos. Ello requiere mucho material, personal auxiliar apto—que no falta en ningún ejército—y abundantes medios de transporte. Al mismo tiempo, dirige y organiza la higiene individual y la colectiva, con lo que, además de beneficiar al ejército, libra a toda la nación de epidemias espantosas. Ha dejado de ser un auxiliar, con el que sólo se contaba en casos especiales; hoy, no se concibe un buen ejército sin que el médico no tenga bien definidos sus cometidos en su amplísima esfera de acción. En esto, como en todo, las improvisaciones dan invariablemente medianos resultados. Para que los servicios de sanidad funcionen bien y rindan sus frutos en campaña, es menester que se les ponga en condiciones de desenvolverse en tiempo de paz.

La salvación de heridos y enfermos, que mal atendidos fallecerían, equivale a un refuerzo del ejército con hombres ya aguerridos; del vigor de una generación depende el de las siguientes; y, en último término, interesa a la nación que a los horrores ine-



General Porro, segundo jefe del Estado Mayor italiano

vitables de la guerra no se sumen otros nuevos, evitables según ahora se está viendo, cuyas primeras víctimas serían los hombres más jóvenes y robustos—el ejército—y las inmediatas los habitantes del país. Si el material y el armamento son más que ne-

cesarios, indispensables, el elemento hombre es lo primero, aunque hasta fecha no muy remota fué considerado lo último, lo menos merecedor de atención.

II.—Las plazas fuertes de Rusia

La poderosa cortina de plazas fuertes que laboriosa y pacientemente habían erigido los rusos delante de la frontera alemana, sobre una línea de cuatro ríos naturalmente opuesta a la invasión enemiga, prestó importantísimos servicios en las dos primeras campañas de la Prusia Oriental, impidiendo que el mariscal von Hindenburg obtuviera todos los frutos de sus victorias de Tannenberg y Augustovo, y han sido un factor utilísimo al Gran Duque, durante el largo período de retiradas que fué la consecuencia de la desastrosa campaña de Polonia.

Gracias a las fortalezas del Vístula, Alexeiev pudo contener a Mackensen y replegarse luego sin ser destruido, golpe inevitable si von Voysch y el príncipe Leopoldo hubieran podido cruzar a tiempo aquel río y situarse en el flanco de los rusos. Las plazas del Narev salvaron la situación extremadamente peligrosa para los rusos, que se creara si von Gallvitz y von Scholtz llegaran a la vía férrea Bielostock-Brest-Litovski cuando todavía Alexeiev no había perdido la esperanza de sostenerse en la línea Lublin-Jolm. Y, finalmente, de no haber existido Kovno, hace más de un mes que estaría cortada la vía férrea Vilna-Petrogrado, y los ejércitos moskovitas del centro y S. se habrían dispersado y perecido; a estas horas, todas las tropas rusas disponibles no llegarían a un millón de hombres.

Pero esas plazas fuertes no han dado todo el rendimiento debido, en esta última etapa. Acaso confiando demasiado en la resistencia de las mismas o, más probablemente, por no darse cuenta exacta de la situación militar, el Gran Duque detuvo demasiado tiempo a sus tropas en el frente de batalla que se apoyaba en las fortalezas, y cuando advirtió el peligro era demasiado tarde, y las fortificaciones, derrotado y desmoralizado el ejército, cayeron con facilidad. Quince días antes, cuando el buen espíritu inflamaba al soldado ruso, débiles guarniciones en los fuertes hubieran bastado para cubrir la retirada, y el ejército pudiera reunirse y desplegar en el sector más conveniente, toda vez que tenía a su disposición una buena red de ferrocarriles; Rusia conservara su poder combatiente, y la campaña distara mucho de haber sido decisiva.

De esta suerte, se pidió a las plazas más de lo que podían dar. Mientras el ejército de campaña no está derrotado y vencido, las guarniciones se conducen con entereza y energía; pero cuando ven huir a sus camaradas del ejército de operaciones, pierden la confianza en sí mismas y la capitulación o evacuación es inevitable. Por eso, precisamente, han pasado a la historia las defensas a todo trance, como la de Gerona, sin consideración al curso desgraciado de la guerra, luchando el sitiado por su propio honor y un arraigado sentimiento de sacrificio, que prevalecen sobre los embates de la desgracia y acallan el desaliento.

Es una verdad, que se pone más de manifiesto a medida que se extiende la civilización y crece el bienestar general, que la suerte de las fortalezas está in-

disolublemente ligada con el ejército de operaciones. Los poderosos cañones del sitiador son la gota de agua que hace derramar el vaso, pero en realidad la guarnición está moralmente vencida antes de recibir el primer proyectil enemigo. Sin necesidad de remontarnos a otras campañas, la presente guerra ofrece abundantes ejemplos de lo que digo. Algunos fuertes de Lieja resistieron trece días, porque aún no estaba deshecho el ejército belga, pero Namur cayó a los dos días, sólo porque presencié la desbandada de los franceses. Amberes, sin esperanza, apenas se defendió. Maubeuge, por donde estuvieron pasando tropas derrotadas y poseídas de pánico, durante cinco días, no soportó un sitio de diez días, mientras que Verdun y Toul, y el mismo Nancy, rechazaron acometidas más fuertes. En el frente oriental, el ejemplo más elocuente es el de Ossvietz, y Kovno y Novo Georgievsk no han de menester de comentarios. Przemyśl, en oposición a todos esos nombres, es un verdadero timbre de gloria para los austriacos, y lo será más todavía en lo porvenir cuando, calmadas las pasiones, se haga plena justicia a aquella esforzada guarnición.

El olvido de la verdad expresada: fortalezas y ejército tienen un alma común, conduce con harta frecuencia a pedir a las plazas más de lo que pueden dar, y ello es causa de su descrédito, a menudo injustificado. El ejército ruso estaría casi intacto si el Gran Duque hubiera sabido servirse bien de las plazas. Por abusar de su eficacia, ha perdido a la vez el ejército de campaña y los obstáculos pasivos. Pero la lección no será aprovechada y se repetirá fatalmente en la próxima guerra.

En otra ocasión haré un breve estudio comparativo sobre la utilidad de la fortificación de campaña en relación con la permanente, acerca de lo cual se han extendido ideas tan ligeras como injustificadas.

III.—Las operaciones en el frente oriental

Aunque en la apariencia la situación se presenta más confusa que en semanas anteriores, hay indicios que permiten asegurar que nos encontramos en pleno período de evolución, precursor de un nuevo giro en las operaciones.

Combates indecisos, en varias direcciones, en Curlandia; avance pronunciado hacia Vilna, aunque no ejecutado con el vigor de los ataques alemanes que se enderezan a un objetivo principal; ofensiva más pronunciada, al S. E. de Kovno; evacuada Olita y rebasada; enseguida una especie de solución de continuidad, y una impetuosa marcha en el frente E. de la ciudad de Narev a Kobrin, 50 kilómetros al E. de Brest-Litovski, también en poder de los alemanes. En el sector S., un movimiento hacia Kovel y más allá, y ruptura del frente ruso en el Zlota-Lipa, Galizia Oriental.

Nótese al mismo tiempo que desde primeros de julio hasta hoy, la longitud de la línea de batalla alemana se ha reducido en un tercio, y como las bajas no están en la misma relación, la densidad del frente se ha robustecido, lo que quiere decir que a igualdad de superficie pueden ahora los austro-alemanes tener reunidas más tropas que antes.

Recuérdese, también, que el ejército del mariscal von Mackensen es el que menos prisioneros coje

hace muchos días, lo que indica que su objetivo es antes estratégico que táctico, y que sus fuerzas no son tan numerosas como se creía.

Teniendo todo esto en cuenta, a mi juicio lo acontecido es lo siguiente: la formidable masa rusa que en junio y julio se encontraba entre el Bug y el Vístula, recibió la orden de dirigirse a Curlandia en cuanto la maniobra enemiga en esta provincia se hizo amenazadora y después de haberse desvanecido la última esperanza de contener al victorioso invasor. Brest-Litovski fué el gran centro de evacuación, tomándose la vía férrea Bielostock-Vilna, y como secundarias las de Baranovitschi y Pinsk a Vilna (véase el mapa número 31, del cuaderno 44). Cortada la primera línea, todo el movimiento se encauzó hacia Pinsk y Baranovitschi, para desviarse enseguida hacia Vilna; pero, caída la fortaleza de Brest-Litovski, no quedó abierta más que la vía Pinsk-Vilna.

Por otra parte, no puede ponerse en duda, porque bien claro lo da a comprender la maniobra alemana, que una parte, no se sabe si grande o chica, pero nunca despreciable, del ejército ruso del Bug-Vístula, ha quedado cortada del ferrocarril Brest-Litovski a Pinsk y arrojado al S., sobre los pantanos del Pripet. El resto prosigue trasladándose a Curlandia por Baranovitschi, pero como para seguir utilizando este nudo de comunicaciones es menester impedir que los austro-alemanes lo alcancen fácilmente, fuertes retaguardias luchan al N. E. de Brest-Litovski. De aquí que el invasor ejecute un enérgico esfuerzo en este sector: si los rusos ceden fácilmente, los austro-alemanes llegarán a la línea Pinsk-Vilna mucho antes de estar terminada la evacuación; si quieren evitar este peligro, han de inmovilizar fuerzas considerables para librar tenaces combates de retaguardia, y tales fuerzas serán destruidas y apresadas parcialmente como hasta aquí; la consecuencia en ambos casos es la misma: Rusia dejará en manos del vencedor un nuevo girón de su potencia militar.

A retaguardia del frente de batalla, Alemania está transportando al N. dos ejércitos, por lo menos, que antes luchaban en el Narev y el Vístula, así como toda o casi toda la artillería pesada; de suerte que si los rusos no se convencen de que están derrotados definitivamente y se obstinan en mantener la masa principal y casi única de sus tropas en Curlandia, en lugar de retirarlas escalonadamente, apoyándose en el Báltico y cubriendo el camino de Petrogrado, es probable se traben una batalla terrible entre Vilna y Dünaburg (Dvinsk), que aceleraría el fin de la guerra.

En lo que atañe al sector al S. de Brest-Litovski, las tropas moskovitas empujadas a la región del Pripet, son acosadas por la caballería austro-alemana, y puede asegurarse que están en vías de plena dispersión. Y una vez partido definitivamente el frente ruso y amenazadas de envolvimiento las plazas Luzk, Dubno y Rovno, se ha reanudado la ofensiva contra el ejército de Ivanov, en la Galizia Oriental, con el propósito de abrir de par en par las puertas de Volinia y Besarabia, acción que en parte se endereza contra Rumanía.

Por consiguiente, mientras en el centro se trata de asestar el golpe de gracia a los cuerpos rusos que aún se encuentran entre Pinsk y Vilna, parece que los mayores esfuerzos van a emprenderse en las dos alas. Esto significa que, una vez conseguido el obje-

tivo militar, destruir al ejército ruso, se apunta al aislamiento e incomunicación del Imperio, con lo cual ya no serán sólo los territorios asolados y entregados a las llamas por las tropas en retirada los que sufran y toquen las consecuencias de la guerra, sino que el golpe repercutirá en los rincones más apartados de los Urales. No deben sacarse consecuencias de la velocidad de avance del invasor en los dos últimos meses, para deducir lo que invertirían en llegar a Petrogrado y Odesa; en la campaña pasada, ha habido que abatir la resistencia de muchas fortalezas y romper la potencia combatiente de un ejército numerosísimo y resuelto a evitar la derrota final; ahora, los obstáculos van siendo menores cada día, y si los alemanes ganan una nueva victoria en Curlandia, su rapidez ulterior de marcha dependerá de los medios de transporte con que cuenten, interviniendo muy poco en ella la actitud de los resíduos de los ejércitos del Czar. De aquí que el mejor partido para ellos sería proseguir la retirada desde Vilna a Petrogrado, pero como hay muchas tropas todavía en marcha al S. de Vilna, es posible que por salvarlas y no ofrecerlas a los ataques de un enemigo muy superior, tenga que inmovilizarse el ejército de Curlandia y aceptar la batalla contra su voluntad y conveniencia. Por instantes se ve, pues, la grande importancia de la maniobra de Hindenburg en el ala izquierda, hacia la cual son arrojadas en creciente confusión las desgraciadas tropas rusas, que llevan cuatro meses bajo la tremenda pesadumbre de una no interrumpida derrota.

Hasta mediados de noviembre puede operarse en aquellas regiones de Rusia, plazo más que suficiente para lograr objetivos mayores que los expuestos. Antes de quince días se habrá despejado por completo la situación, según todas las probabilidades, en lo que toca a la extensión que los alemanes darán a su nueva ofensiva; porque en lo que atañe a Rusia está despejada hace muchos días: el imperio del N. ha sido vencido militarmente, y sería una quimera imaginar que dentro de seis, ocho o diez meses volverá a encontrarse en estado de reanudar la ofensiva, digan lo que quieran ciertos escritores. Sería menester para ello que los alemanes fuesen batidos y desechos en el frente occidental, y la guerra no va por este camino.

En cuanto a las operaciones navales, no se ha confirmado el rumor de la derrota de la división alemana en el golfo de Riga o en el Báltico, pues ni siquiera se tuvo la previsión, por quien esparció la noticia, de precisar el punto del combate. No conozco la composición exacta de la división rusa que hay en el golfo de Riga, ni la fuerza de sus bases navales, por lo que no debo aventurarme a emitir opiniones sobre sucesos futuros. Sin embargo, es de creer que la artillería de sitio alemana ejercerá influencia no escasa en la maniobra que por fin realice la flota rusa. Para la alemana, es preferible un combate en el Báltico que un encuentro en el golfo, donde la marina rusa ha acumulado poderosos elementos defensivos y ofensivos. De todos modos, no creo, contra la opinión general, que la escuadra alemana asuma un papel principal en las futuras operaciones, por lo menos en los primeros meses. Si el ejército llega al litoral de Botnia o cerca de él, habrá llegado la ocasión de que cooperen resueltamente

los barcos alemanes; antes, no, a menos que los rusos se aventuren en las aguas libres del Báltico. Pero si las provincias bálticas cayeran en poder de los alemanes y éstos organizaran rápidamente—en lo que son maestros—sus líneas de operaciones, pudiera darse el caso de que la escuadra rusa pereciera a los golpes intentados desde tierra, si no por la caballería, como en fecha célebre, por la artillería, cuando los hielos cierran la entrada del golfo.

IV.—La situación el 31 de agosto

En el frente occidental, parece que reina un semi-armisticio: cañoneos de poca intensidad y muchos vuelos de escuadrillas de aeroplanos, con los mínimos resultados de siempre. Se comprende que los alemanes no ataquen, porque por el mero hecho de mantenerse en sus líneas, aguardando que lleguen sus camaradas del E., obtienen una victoria moral; y se comprende que tampoco los franceses se lancen a la ofensiva después del fracaso de las tentativas anteriores: otro descalabro les pondría aún en peores condiciones para cuando sean atacados. Lo que con esa actitud expectante pierdan en buen espíritu y esperanza en la victoria, lo compensarán reforzando sus líneas y organizando nuevas posiciones, para romper poco a poco el empuje alemán y debilitar al invasor hasta equilibrarse con él. Eso es lo que deben hacer y lo que seguramente hacen; ¿conseguirán sus propósitos? Dados los antecedentes que ofrece la campaña en el frente oriental es muy dudoso.

Los italianos, sangrientamente rechazados uno y otro día en la línea del Isonzo, han tanteado el avance en otros puntos de la frontera, hasta el Trentino occidental, con resultados tan escasos y nimios que es imposible apreciarlos en un mapa. No se tenía gran fe en la ofensiva italiana, pero tampoco se esperaba que a los tres meses de guerra y disponiendo de una aplastante superioridad de fuerzas hicieran tan poco. Si transcurre un mes más sin que se altere la situación, ocurrirá en este teatro lo mismo que en el occidental. El no obtener en quince semanas de combates ni una mínima parte de lo que se les ofrecía de grado, no es el mejor camino de estimular el entusiasmo y el buen espíritu del soldado italiano. No hay seguridad de que figuren contingentes alemanes al lado de los austro-húngaros.

No hay noticias de las tropas aliadas desembarcadas en la costa de Tracia. Se ha efectuado otro desembarco en la parte occidental de Gallípoli, entre el centro—donde pusieron la planta los austrianos—y el extremo S., teatro de tan violentos y sangrientos combates. Lo mismo en el centro de la península, que en el nuevo punto de desembarco,

que en la punta, las tropas expedicionarias no han ganado terreno; conservan el que ocuparon en los primeros momentos, sin resistencia por parte de los turcos y bajo la protección de los cañones de los barcos. Multiplicando las zonas de ataque se dificulta la resistencia de los otomanos, pero también se hacen más difíciles las operaciones y abastecimientos de los aliados. Declaran éstos que no deben abrigarse optimismos, ni creer que está próxima la apertura de los estrechos; añaden que se encuentran en la península las mejores tropas turcas, asiáticas. El gran interrogante es la cuestión de las municiones, porque hace bastantes semanas que Rumanía no permite el paso de las que Alemania enviaba a Turquía; sin embargo, no se observan por ahora síntomas de escasez de ellas en el defensor, aunque es claro que no se traslucirá hasta el último momento. Mientras en Constantinopla no se adopten medidas de evacuación, no corre peligro de quebrar la resistencia turca por el motivo expresado.

Nuy secundarias las operaciones en el Cáucaso, vuelven a llevar la peor parte los rusos, que retiraron de allí muchas tropas para llevarlas a Europa, contra los austro-alemanes.

En Mesopotamia, los ingleses han sufrido un pequeño revés, pero todavía son dueños de casi el territorio que conquistaron en el bajo Eufrates.

En Curlandia, los rusos han sido derrotados en Josefstandk. La retirada es general desde el Duna a Vladimir Volinsky. El avance de los austro-alemanes al N. E. de este punto, amenazando la fortaleza de Luzk, y la ruptura de la línea del Zlota Lipa por los austriacos, ha impulsado por fin a Ivanov a emprender la retirada hacia el N., comenzando a abandonar la Galizia oriental. El movimiento es difícil, porque operan contra él los ejércitos austro-húngaros de Pflanzer, Böhm-Ermolli, Bothmer y Puhallo, y sus retaguardias corren peligro de ser atacadas de flanco; no es extraño que en los primeros combates hayan dejado más de diez mil prisioneros en poder de los austriacos. En la próxima *crónica* será menester volver de nuevo sobre la pasividad de las tropas de Ivanov, uno de los hechos más incomprensibles de la guerra y que puede dar lugar a consecuencias de tanta gravedad para los rusos como la obstinación, que tan cara les ha resultado, de los ejércitos de Polonia y Lituania. Funesto es creerse derrotado antes de serlo, pero no lo es menos cerrar los ojos a la realidad y no reconocer el vencimiento cuando ya no pueden caber dudas sobre él.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

31 agosto 1915.